

El Quinto CSA se celebra en un momento particularmente difícil para las fuerzas democráticas y para el sindicalismo clasista a nivel global.

Los aires que flotan en el mundo nos hacen recordar aquellos hechos históricos que dieron origen a conductas excluyentes, a líneas políticas Xenofóbicas y al desenlace de lo que se reconoció como el fascismo. Esta fue la marca política, el principal relato que persiguió tanto a trabajadores como a demócratas, políticos, religiosos y a todos los que no pensaban igual que los regímenes fascistas de turno.

Se recuerda la época de la Gestapo —la policía secreta alemana— y los Camisas Negras de Mussolini.

La persecución que hubo contra el pueblo judío, muchos de los cuales fueron vilmente asesinados u obligados a huir de Europa — algunos refugiados en la República Dominicana, en lo que hoy se conoce como Sosúa—, parecen hechos lejanos. Incluso, algunos creen que no ocurrieron. Pero sí: fue una época de terror, una época de persecución y una época de represión.

Es importante recordar lo que fue el Apartheid, que era una exclusión de los dueños de África —los negros de Sudáfrica— por parte de los colonos ingleses, quienes establecieron una separación. Los que vivían en Soweto no podían ir a Johannesburgo, no podían cruzar los guetos sin temor o sin ser reprimidos por parte de los guardias blancos.

El Apartheid fue tan cruel que incluso llevó a negros a perseguir negros: policías negros que eran reclutados en el ejército sudafricano para reprimir y perseguir a sus propios hermanos. Se recuerda la cárcel que sufrió el abogado Nelson Mandela, quien por defender a su gente tuvo que permanecer 30 años injustamente preso.

¿Y qué decir de la persecución de los negros, los mulatos y los asiáticos en los Estados Unidos? Lo que fue el Ku Klux Klan, la incursión nocturna a las barracas de los negros en las plantaciones de algodón del sur de América, donde eran maltratadas las personas, castigadas con látigos e incluso, abusivamente, violadas las mujeres negras. Solo hay que leer La cabaña del Tío Tom para saber cuándo se habla de xenofobia, cuando se habla de persecución de minorías.

Hoy, ante la ola de expulsión de emigrantes, llamados “ilegales”, de los lugares donde la gente se mueve en busca de trabajo y de progreso, se desafía la visión democrática del sindicalismo.

Los líderes sindicales probablemente creen que se están enfrentando a un tema que se llama libertad sindical. Con la firma del Convenio 87 de la OIT, realmente el concepto de libertad sindical quedó instituido, tanto a nivel del tripartito como en los códigos de trabajo. Libertad sindical que, sin embargo, no siempre se respeta.

La llegada de la cuarta revolución industrial implica la pérdida de más de 90 millones de ocupaciones disruptivas, que ya no será necesario que las realice un ser humano. Por lo demás, es un acto justo, porque muchas de esas ocupaciones eran inhumanas, y hoy las puede realizar un robot alimentado con inteligencia artificial.

El liderazgo sindical tiene que saber que ninguna revolución ha sido peor; cada una ha traído procesos extraordinarios de avance. Entre la primera y la cuarta, la esperanza de vida de las personas se cuadruplicó. En la primera revolución industrial, la esperanza de vida era de 25 años. La mayoría de los niños morían de infecciones antes de alcanzar el año de edad, y los trabajadores de 25 años parecían ancianos.

Ya en la tercera revolución, la esperanza de vida llegó a 75 años, y en esta cuarta revolución incluso podría llegar a 150 años, con lo que se llama la “singularidad”: una universidad que estudia los temas genéticos. Las personas que se cuiden, que no hagan locuras y que ya conozcan su genoma humano podrán prevenir enfermedades que hoy son letales, como la diabetes o los problemas coronarios y vivir más de un siglo en plena juventud.

Por tanto, no hay que pensar que lo triste de la cuarta revolución es la cantidad de empleos que se van a perder, porque esos empleos los pueden hacer las máquinas. Lo importante es formar a las nuevas generaciones para que puedan aprender nuevas carreras y vivir con buenos salarios. Ese es el desafío que tienen ustedes, los sindicalistas.

Esta revolución creará más de 140 millones de empleos que serán en su mayoría empleos decentes.

Sin embargo, hay tres condiciones que se deben cumplir para ser beneficiarias y no víctimas de esta nueva revolución científica:

Primero, democracia sindical. Tienen que hacer procesos democráticos, porque la gente quiere ser ciudadana, y ya lo es. A la gente no le gusta que la manipulen, sino que los dirijan bien.

Segundo, el envejecimiento de la población trabajadora. Los jóvenes trabajadores piensan distinto a los vagos que ellos reemplazan. No les gustan las reuniones presenciales, trasladándose de un lugar a otro.

Prefieren una reunión virtual. ¿Puede el sindicalismo organizarse con la utilización de la tecnología? Sí, pueden. Podemos organizar asambleas virtuales, webinars, encuentros a través del metaverso. Es decir, podemos hacer el sindicalismo del futuro para los empleos del futuro. Y ese sindicalismo será más poderoso, más consciente. Porque los jóvenes no temen a los empleadores. No temen al miedo. Los jóvenes temen que los repriman, pero no físicamente: temen que les impidan pensar. Lo que los jóvenes no quieren es que les impongan modelos.

Entonces, no todo el mundo tiene que pensar igual. Ese es el desafío del movimiento.

Tercer gran desafío: el poder integrar a los cargos directivos al ejército de mujeres que se están incorporando a la producción. Hace 30 años, la fuerza laboral estaba formada por un 70% de hombres y entre un 10% y 20% de mujeres. Incluso, los peores oficios eran asignados a las mujeres.

Pero hoy la mujer ha salido a la calle, ha salido a trabajar. Y las mujeres son mejores empleadas: no llegan borrachas los lunes, no ponen peros, y trabajan con más cuidado. Por tanto, el producto que elaboran queda mejor confeccionado. Lo que quiere decir que el sindicalismo tiene que tener rostro juvenil y rostro de mujer.

Se necesita un ejército de jóvenes y un ejército de mujeres para poder devolverle la fuerza al sindicalismo.

Le agradezco que me haya dado la oportunidad de dirigir estas palabras en el cierre de este importante Quinto Congreso. Y solo quiero decir, para concluir, que los pueblos que no conocen su historia están condenados a repetirla. Y esta historia ya la conocieron nuestros antepasados: la conocieron los obreros de 1868 que crearon la Asociación Internacional del Trabajo; la conocieron los obreros de Chicago cuando lucharon por las 8 horas laborales; la conocieron las textilerías de Nueva York — gracias a estas valientes mujeres se conmemora el 8 de marzo, Día Internacional de la Mujer —; la conocieron los obreros de las minas de África; la conocieron los obreros de las plantaciones de Chiquita Banana.

Es decir, las manifestaciones xenofóbicas y fascistas ya fueron conocidas, y serán derrotadas con la fuerza de los obreros, con la fuerza de la democracia, con la fuerza de la ciudadanía.

No hay que tener miedo. A lo que hay que temerle es a la envidia, al odio y al miedo.

Realmente, las fuerzas democráticas son superiores. Pero tienen que estar unidas. Tienen que comprender que los discursos y las consignas más fervientes hoy tienen que ser del sindicalismo sociopolítico: luchar por una sociedad más justa, donde la gente tenga acceso al bienestar, a la buena alimentación, a la diversión, al buen techo; donde la gente tenga derecho a la vida. Porque la vida es una sola, y solo se vive una vez. Y la única vida buena es la vida buena.

Por eso, yo lo que exhorto es a que luchemos por el sindicalismo democrático. El cambio es lo único cierto. Lo único que podemos precisar ahora, sin duda, es que habrá más cambios. No hay que temer a esos cambios. Esos cambios serán mejores. Aseguran la protección del medio ambiente, un clima más limpio, cuando dejemos de utilizar combustibles fósiles.

Lo único que debemos temer es no tener la suficiente inteligencia para controlar las máquinas. Pero eso no es posible. Los robots son como las máquinas de la segunda revolución industrial. El ser humano siempre podrá ser superior, porque el Homo sapiens, el ser humano, tiene una característica que no tienen los otros animales: ama y piensa. Esos dos grandes valores: amar y pensar.

Por eso, cuando a Jesús le preguntaron qué nuevo mandamiento daba a sus seguidores, respondió: “Amar a Dios sobre todas las cosas y amar a tu prójimo como a ti mismo.” Porque, ¿cómo puedes decir que me amas a mí, a quien no ves, si no amas a tu hermano, a quien ves?

Por eso, el amor es la fuerza que mueve la solidaridad. El amor es el que trae compasión por los que sufren. Y un sindicalismo sin amor, un sindicalismo sin solidaridad, un sindicalismo sin inteligencia, sin inspección, sin innovación, podrá ser cualquier cosa... menos sindicalismo.

El mundo clama paz, amor y solidaridad.
Debemos luchar por un mundo sin guerra, un
mundo de paz.

¡Luchemos juntos para reunir el amor y la
paz!

¡Que viva la Confederación Sindical de las
Américas!

¡Que vivan los trabajadores!

Muchas gracias.